

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department of

May 2007

Reseña de *La flor de mi secreto*: Relevancia de la feminidad en la identidad masculina

Oscar Pereira Zazo

University of Nebraska-Lincoln, opereira1@unl.edu

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Modern Languages Commons](#)

Pereira Zazo, Oscar, "Reseña de *La flor de mi secreto*: Relevancia de la feminidad en la identidad masculina" (2007). *Spanish Language and Literature*. 15.

<http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/15>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

*Reseña de La flor de mi secreto
Relevancia de la feminidad en la identidad
masculina*

Oscar Pereira Zazo
University of Nebraska-Lincoln

España / 1995 / Color / 107 min

Director

Pedro Almodóvar

Producción

Agustín Almodóvar (productor ejecutivo), Esther García (directora de producción)

Guión

Pedro Almodóvar

Director de Fotografía

Alfonso Beato

Montaje

José Salcedo

Música

Alberto Iglesias

Reparto

Marisa Paredes (Leocadia Macías), Juan Echanove (Ángel), Carmen Elías (Beatriz), Rossy de Palma (Rosa), Chus Lampreave (Jacinta), Kiti Manver (Manuela). Artistas invitados: Joaquín Cortés (Antonio) y Manuela Vargas (Blanca). Colaboración especial de Imanol Arias (Paco)

Resumen

Madrid, primera mitad de los 90. Nuestra heroína se llama Leocadia Macías, alias Amanda Gris y Paz Sufrategui, Leo para las amigas y allegados. Leocadia está en crisis. A nivel profesional, porque su trayectoria como Amanda Gris, popular autora de novelas rosa, ha desembocado en un callejón sin salida. A nivel sentimental, porque su matrimonio con Paco también se encuentra en ese mismo lugar; pero ella esto último no lo sabe, o quizás no lo quiere saber. Así que lo llama por teléfono y le escribe cartas como ésta: “Todos los días me pongo algo tuyo. Hoy me he puesto los botines que me regalaste hace dos años. ¿Recuerdas que por la noche tuviste que quitármelos porque yo sola no podía? Al verlos esta mañana me he acordado de ti y me los he puesto en tu

honor. Ahora me aprietan. A veces, tu recuerdo, como estos botines, me oprime el corazón hasta impedirme respirar.”

Pero hoy Paco está muy lejos, en Bruselas, cumpliendo obligaciones relacionadas con la “misión de paz” del ejército español en Bosnia. ¿Quién ayudará a la pobre Leo a desembarazarse de los dichosos botines? Ella, ya lo sabemos, no puede por sí sola. Su criada, Blanca, no está localizable (llamada de teléfono infructuosa). Un tanto desesperada, Leo sale a la calle y acuerda con un *yonqui* que se le acerca para pedirle algo de dinero un intercambio de 5.000 pesetas por el trabajo de los botines. El chico lo intenta, pero empieza a llover y Leo desiste. Finalmente, no le queda más remedio que telefonar a Beatriz, alias Betty, psicóloga y amiga, al parecer, del alma, que en ese momento está a lo suyo, o sea, dirigiendo un seminario relacionado con la Organización Nacional de Transplantes.

Betty y Manuela, una enfermera, están ofreciendo un cursillo a diverso personal sanitario; imaginamos que médicos y enfermeros relacionados con la colecta de órganos de los a punto de fallecer en los hospitales del sistema público de salud. Al finalizar la sesión, Leo aparece y se dirige a Betty: “He venido a que me ayudes a quitarme los botines. Yo sola no puedo.” Betty y Leo terminan cenando juntas y hablando de Paco y de Ángel. Este último es el editor de la sección cultural de *El País*, un periódico editado en Madrid. A Leo no le apetece escribir más novelas rosa y está intentando encontrar salidas a escritos de otro tipo. Betty será el contacto que permitirá a Leo entrevistarse con Ángel.

En la entrevista, que se celebra en la redacción de *El País*, Leo entrega a Ángel una novela titulada *La cámara frigorífica* (por cierto, de la trama de esta supuesta novela deriva la acción de *Volver*, la última película de Almodóvar a la altura de 2007) y dos ensayos. Uno de estos últimos, que se titula *Dolor y vida*, está dedicado a la literatura escrita por mujeres y será publicado posteriormente. La entrevista no termina, sin embargo, muy bien, pues Ángel quiere que Leo escriba, sin saber que son la misma persona, un ensayo sobre la “literatura sentimental” y, en concreto, sobre Amanda Gris. El problema es que, a diferencia de lo que opina Ángel, Leo no cree que la literatura de Amanda Gris trate de los sentimientos, ya que, como dice, en esta literatura no “hay dolor... sólo rutina, complacencia y sensiblería.”

De Madrid a Parla. Leo sale de la capital y se dirige a la ciudad dormitorio para visitar a Rosa, su hermana, y a Jacinta, su madre. Intercambio de cariño y, también, de ropa, dinero y abundante comida. Como no puede ser menos, pues viven juntos y la situación económica no es muy boyante, la madre se lleva fatal con Rosa y también con el marido de ésta, su yerno (un tal Santiago que nunca vemos, en paro y con tendencia a beber de más; personaje, además, que Almodóvar incorporará a *Volver* como marido de la protagonista), aunque no así con el nieto (al que tampoco vemos). Por lo demás, Jacinta quiere irse a su pueblo pues, como dice, “no quiero Madrid.” Al final, Jacinta se saldrá con la suya y terminará yéndose de la capital coincidiendo con la crisis definitiva de Leo.

Esta crisis ocurre cuando Leo y Paco rompen, o, para ser más exacto, cuando Leo termina por darse cuenta de la indiferencia de Paco. Antes de que esto ocurra, y a modo de preludeo, Leo rompe con los editores de sus novelas rosa, por lo que se puede decir que la crisis sentimental se ve precedida por otra de carácter profesional. Veamos. Leo había enviado a Alicia, editora y a lo que parece una de los dueños de la editorial Fascinación, *La cámara frigorífica* para ver si tenían a bien publicarla. Sin embargo, cuando se reúnen, la editora le comunica que no está interesada en la novela porque no se adecua al perfil de la colección, cuyo título es *Amor verdadero*: “¿Quién va a soñar con una gente que vive en un barrio miserable, jubilados prematuros, auténticos muertos vivientes? ¿Quién se va a identificar con una protagonista que se ocupa de limpiarle la mierda a los enfermos de un hospital, que por si fuera poco tiene una suegra yonqui y un hijo maricón al que, además, le gustan los negros? ¿Pero te has vuelto loca Leo?” Sin duda así lo parece, pues la historia de *La cámara frigorífica* no tiene mucho que ver con lo que se espera de ella. Así, en el contrato firmado con Fascinación se especifica que Leo tiene que escribir cinco novelas de amor al año durante tres años, procurando que:

- Las historias se ambienten en escenarios cosmopolitas y de lujo y, a ser posible, en urbanizaciones.
- El sexo sea sugerente y sólo sugerido.
- Haya deportes de invierno y, quizás al mismo tiempo, un sol radiante.
- Aparezcan subsecretarios, ministros y, en general, *yuppies*.
- Pero, por otro lado, la política brille por su ausencia.

- Tenga cuidado de que los personajes carezcan de conciencia social y abunden en hijos ilegítimos.
- Y, por descontado, que el final sea feliz.

A cambio de esto Leo recibirá millones. Pero como ella misma dice, el problema es el color: cuanto más intenta escribir en clave rosa más negra le sale cada página. A modo de venganza y escarnio contra sí misma escribe, con el seudónimo de Paz Sufrategui, la crítica de Amanda Gris que Ángel le había pedido. “¡Qué barbaridad!” exclamará el periodista cuando la lea. Afortunadamente, y como compensación, Ángel redacta, utilizando el seudónimo de Paqui Derma (en alusión al perfil de su cintura), una crítica positiva que titulará “Amanda Gris, el Alejandro Dumas de la novela sentimental.”

Llegados a este punto de la película, la crisis sentimental toma el relevo a la crisis profesional. Todo se empieza a gestar en casa de Betty, a donde Leo ha ido para buscar compañía reconfortante. Betty, sin embargo, no está por la labor. Parece nerviosa e irritada y mientras le recuerda a Leo que ella también tiene problemas, suena el teléfono: es él, el hombre de *sus* vidas, o sea, Paco el libertador de Bosnia. Sorprendida de que Paco llame a casa de Betty, pero sin sospechar nada, es decir, que ambos son amantes, Leo le comunica que ha roto con Fascinación y recibe la buena nueva de que Paco va a pasarse por Madrid antes de ir a la tierra no mucho tiempo ha llamada Yugoslavia. Leo se pone loca de contenta y empieza a contar los días, las horas e incluso los segundos. El ansiado instante por fin llega.

Una viejísima tradición oral afirma que al escasamente sofisticado corazón del hombre se llega con pasmosa facilidad a través del estómago y un tanto más arduamente a través de la cama o de cualquier otro mueble o soporte aparente que pueda cumplir similares funciones. Apercebida de este ítem de sabiduría popular, Leo ha pedido a Blanca que se esmere y haga una paellita de conejo, plato favorito del “señor.” Ella, por su parte, pondrá su granito de arena acicalándose cuidadosamente y, finalmente, eligiendo un vestido corto muy rojo combinado con medias negras que, piensa, animarán la parte correspondiente del corazón del señorito o señor. La situación se complica, sin embargo, con la llegada de Antonio, hijo de Blanca, blasfemando a la española, es decir, en honor a la divinidad, y dando golpes con la palma de la mano en la mesa, no necesariamente con un objetivo musical en mente. El bueno de Antonio, como

es habitual entre los integrantes de las clases populares del reino de España, está montando un espectáculo de danza flamenca y cuenta con la participación de su madre, antigua bailaora de reconocido prestigio, para hacer el papel de figura femenina central en el citado espectáculo. Blanca, sin embargo, no está totalmente segura y, además, su cariño por Leo y sentido del deber le impiden dejarla en un día así. No obstante, cuando Leo se entera de cuál es la situación, dado su bonitísimo corazón, anima a Blanca para que se vaya con el chico a ensayar y se despreocupe por completo del asunto de la paella. Crasísimo error teniendo en cuenta lo que más arriba se apuntó acerca de la importancia del estómago en las relaciones sentimentales, al menos en la mayor parte del mundo, civilizado o no.

Cuando Paco, un hombre de verdad, llega gallardamente embutido en su uniforme del ejército de tierra, cuyo color cabe asociar con la crema de espinacas frescas o el puré de olivas verdes, Leo se abalanza sobre él y empieza a comérselo a besos. El tipo ni se inmuta. Presenta cara de ajo y parece que se ha tragado un sable. Sólo asoma una tenue sonrisa a sus labios cuando Leo, en mala hora, habla de la paella. La sonrisa, o lo que sea, se le hiela literalmente en la boca y poco a poco se transforma en rictus de profundo desprecio cuando descubre que la paella, ¡oh, Dios mío!, está fría. Este es el principio del fin. Leo y Paco se enzarzan en una amarga discusión. Ella le dice que lo necesita. Él contesta que no tiene tiempo. Aun más, Paco afirma que es una egoísta, que no puede quedarse, que tiene que salvar la vida de miles o millones de inocentes bosnios. Leo no traga: “Eres un hijo de puta por poner a los pobres desgraciados de Bosnia como pretexto.”

En fin, Paco vuelve a coger su maleta y se va, esta vez de forma definitiva. Leo no lo encaja bien e intenta suicidarse almorzándose un montón de pastillas. Ya se sabe: las famosas escritoras de novelas rosa también sufren. Pero, ¿para qué está la familia? Su madre consigue salvarla *in extremis* de forma providencial. Llama por teléfono y cuando el contestador se dispara dice que ha discutido con Rosa y que se va al pueblo. "Mamá... mamá...", acierta a contestar Leo saliendo de su modorra. Se incorpora como puede de la cama y vomita las pastillas, se mete en la bañera, se espabila un poco y sale a la calle. Entra en el bareto en el que suele tomarse los carajillos para animarse justo en el momento en que pasan por la televisión un concurso de gritos. El camarero, al ver la cara

de Leo o, más bien, su aspecto, con sombrero y gafas de sol, cambia de canal. Canta Bola de Nieve: “Quiero ver a qué sabe tu olvido..., siempre caigo en los mismos errores... llorar por los mismo dolores.” La canción le llega y no la puede soportar. Sale otra vez a la calle, ahora tomada por una manifestación de estudiantes de medicina: “...la gripe la va a curar Felipe [González, el que era presidente del gobierno de España en la época en que se estrenó la película].”

Cuando Leo a penas puede navegar por entre la multitud de personas que atestan la calle, aparece un Ángel salvador y se la lleva a casa como si fuera *confetti* levitando en el aire. A la casa de él, que está, de entre todos los lugares del mundo, en la céntrica plaza de Callao. Al día siguiente, Leo despierta en la cama del susodicho Ángel, desde la que se puede ver un gran cartelón en el centro comercial FNAC anunciando una antología de Amanda Gris. Ángel le trae el desayuno y le comunica que durante la noche ella le ha descubierto, como diría Amanda Gris, la flor de su secreto.

Ya totalmente recuperada, Leo vuelve con Ángel a su piso y encuentran en estado de desesperación a Betty, quien ha estado intentando localizar a Leo toda la noche porque se temía lo peor. Momento de confesiones. Betty le cuenta su lío con Paco y le comunica que ella también ha roto con él. Ahora Paco podrá dedicar todo su tiempo a salvar la vida de incontables ex-yugoslavos. Leo, por su parte, decide irse al pueblo con su madre; pueblo, por otro lado, sito en Ciudad Real y para más señas llamado Almagro, según deducimos de una cancioncilla que más tarde entonan unas lugareñas al tiempo que se dedican a tejer encajes con bolillos, y cuya notable fama deriva, bueno es saberlo, de sus maravillosas berenjenas guisadas en salmuera (¡las mejores del mundo, oiga!). Total, madre e hija, hija y madre, tratan de encontrarse la una a la otra y a sí mismas después de una travesía en que han andado perdidas sin rumbo, sin orientación, talmente como “vacas sin cencerro,” en palabras de Jacinta. Alejadas del mundanal ruido, recogidas en su paraíso pastoril, se van recuperando de manera tal que al cabo de, seguramente, uno o dos meses, Leo está ya otra vez preparada para la vida moderna. Una llamada de Alicia, felicitándola por sus últimas dos novelas (que Ángel y no Leo ha escrito) es el desencadenante inmediato de la vuelta a la gran urbe.

Nuestra heroína llega a Madrid a tiempo para el estreno del espectáculo de Antonio y Blanca, titulado *Soleá* (uno de los palos del cante flamenco, seguramente el

más desgarrado o *jondo*) y al que asiste acompañada de su salvador. El bueno de Ángel, que está enamorado de Leo, termina por emborracharse de manera tal que intenta marcarse unos pasos en la Plaza Mayor, con resultados entre risibles y patéticos. Leo vuelve a su casa, después de haberle dado calabazas al amigo Ángel. Aparece Antonio y le confiesa a la escritora que montó *Soleá* con el dinero que había recibido de la venta de los derechos de *La cámara frigorífica*. Leo sabía, porque se lo había comentado previamente Ángel, que Bigas Luna (el director de cine español) iba a dirigir una película cuya trama se parecía mucho a la de la novela de Leo. Ella no le había dado mucha importancia a esa información, y ahora termina descubriendo que su novela ha sido el instrumento que ha posibilitado el montaje de baile flamenco. Leo se pone tan contenta que decide ir a casa de Ángel a tomarse unas copitas. Y así concluye la película: las dos almas gemelas, Amanda Gris y Paqui Derma, sentaditas frente a la chimenea, besándose tiernamente.

Comentario

La flor de mi secreto, junto con *¿Qué he hecho yo para merecer esto?* (1984), *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (1988) y *Volver* (2006), constituye un grupo con características propias dentro de la producción de Almodóvar (hasta la fecha 16 largometrajes distribuidos). En estos casos tenemos protagonistas femeninas en crisis, mujeres que terminan descubriendo que su libertad (su realización como personas) pasa por aprender a vivir sin los hombres a los que han estado atadas con más pena que gloria. Tienen que romper, pues, con el atavismo cultural que las impele a encadenar su vida, mediante una relación de supeditación, a un *hombre de verdad*. Tienen que aprender, además, a vivir como seres independientes, no sujetos, cuando la independencia y la falta de sujeción a veces significan soledad y falta de sentido y de rumbo. Aprenden a hacerlo, sin embargo, y no sólo porque desarrollen su capacidad de sufrimiento, sino, también, porque reciben ayuda de los demás, de los amigos, de la familia. La soledad es, por tanto, el rincón tenebroso al que puede llevar la libertad y la falta de ataduras. La solidaridad, por contra, es el foco luminoso que destierra definitivamente esas tinieblas: a nuestras heroínas las salva la solidaridad, que, de una manera o de otra, siempre es una relación basada en la reciprocidad.

Los hombres a los que las protagonistas de estas películas están atadas son variantes de un mismo arquetipo, el del macho hispánico. Ciertas diferencias importantes, como la clase social o la profesión, no pueden ocultar dos rasgos que todos ellos comparten: la cobardía y el egoísmo. Lo primero se muestra en la incapacidad que tienen para decir la verdad; lo segundo, en la imposibilidad de identificarse con la situación de sus compañeras. En clave almodovariana, estos rasgos equivalen a una falta absoluta de feminidad, que es lo que caracteriza al *hombre de verdad* (no confundir con el hombre heterosexual). En fin, la ausencia y presencia de feminidad se expresa en *La flor de mi secreto* mediante la contraposición entre Paco y Ángel.

Paco es una fuerza opresiva que impide a Leo moverse con libertad. Los botines del principio funcionan como metáfora de esta situación. Almodóvar utiliza también otras metáforas visuales que recuerdan las rejas de una celda y que le sirven para marcar la presencia de Paco en la vida de Leo. Si hablan por teléfono, vemos la imagen de Leo a través de las rejillas del respaldo de una silla. Y cuando por fin se encuentran los dos, vemos el abrazo a través del cristal enmarcado de la puerta del comedor y cómo la cabeza de él sobresale por encima de la de ella y las imágenes de ambos se fragmentan. Esta imagen hay que contrastarla con el encuentro entre Leo y Ángel en la redacción de *El País*. También vemos el encuentro a través de un cristal, pero esta vez sin marco (sin rejas). Igualmente, gracias a que ambos son de altura similar, podemos observar cómo sus reflejos se funden en una sola imagen cuando se encuentran en el cristal.

Junto a esto hay que considerar que Ángel disfruta con la lectura del género rosa. Es decir, la película nos lo presenta, mediante un guiño populista (no hay que olvidar su estatus social y nivel cultural), con una sensibilidad cercana a la de las lectoras de las “novelas sentimentales;” lectoras que claramente quedan identificadas en esas mujeres con bata azul que se dirigen al trabajo (cosedoras de El Corte Inglés) en hilera justo en el momento en que Leo llega a la editorial Fascinación. Por lo demás, Ángel no tiene ningún inconveniente en utilizar seudónimos femeninos para escribir al comienzo sobre Amanda Gris y, después, las dos novelas que entrega a Alicia haciéndose pasar por Leo. Ángel es, en definitiva, un hombre cuya personalidad se nos hace más compleja e interesante al presentar una serie de rasgos que podemos asociar con la experiencia

femenina. Bien distinto, por tanto, de Paco el soldado, ese hombre unidimensional que potencialmente todos llevamos dentro.

Conviene señalar, por último, que la figura de Ángel es una interesante novedad de *La flor de mi secreto*, pues no hay personajes análogos en las otras películas señaladas más arriba. Esta novedad coincide con la presencia de ciertos rasgos autobiográficos bastante obvios, como, por ejemplo, el uso del seudónimo Paqui Derma en recuerdo del de Patty Diphusa utilizado por el propio Almodóvar. Está claro que el director ha querido proyectar ciertos aspectos de su persona en este personaje. Lo mismo cabe decir en relación a Leo. Se nos dice que su familia, como la de Almodóvar, emigra por razones económicas de Ciudad Real a Extremadura y después a Madrid. También hay coincidencia en la ausencia del padre y en la experiencia del ascenso social gracias a la actividad artística. Almodóvar crea, en definitiva, dos almas gemelas, Leo y Ángel, y las hace funcionar como *alter egos* de su propia persona pública, que no hay que olvidar es la de un homosexual que se resiste a ser clasificado asépticamente en un compartimento estanco. De esta manera tan elegante, Almodóvar consigue proyectarse a sí mismo al tiempo que propone modelos de conducta donde lo femenino y lo masculino se entrelazan para producir identidades de género complejas; una forma razonable de canalizar la rica variedad que la propia vida ofrece.